

Raúl Asensio.

El terremoto del Cusco. Reconstrucción, utopías urbanas y Guerra Fría (1950-1953).

Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2023. 240 páginas.

El 21 de mayo de 1950 tuvo lugar el terremoto del Cusco, evento trágico aún recordado por su duración de cuarenta segundos y su intensidad de siete grados en la escala de Richter. Aunque de fuerza modesta, comparado con movimientos telúricos más potentes registrados en el siglo XIX, el sismo resultó lo suficientemente devastador como para comprometer vidas humanas, monumentos sensibles del célebre casco histórico con aspecto incaico colonial y viviendas de distinta condición social reducidas a campamentos de barracas durante los trastabillantes procesos de reconstrucción urbana echados a andar en los años siguientes. Tanto en la historiografía peruana como en la memoria pública de la ciudad andina donde ocurrió la catástrofe, el terremoto continúa siendo una referencia temporal que divide su cronología entre una época de cambios lentos y una fase más contundente de modernización que explicaría la actual fisonomía del Cusco y de su centro histórico, ponderado hasta la fecha como uno de los mejor conservados de la región latinoamericana.

Así, puede que en el discurso local se reconozcan los promotores, los caciques políticos y los hitos materiales que tomaron parte en la renovación de una plaza que, al cabo de poco tiempo, consolidó un importante capital simbólico como destino turístico. De lo que poco se discute, en cambio, es de las agendas ideológicas, varias de ellas de escala global, en las cuales se enmarcaban esos actores individuales o institucionales, elemento nada despreciable que también ayuda a comprender los ritmos en que ocurrió la reconstrucción. El levantamiento de aquella urdimbre de planes, visiones contrapuestas, pulsos e intereses en juego que garantizan una visión matizada de conjunto es, de lejos, el aporte más destacable de la obra *El terremoto del Cusco*.

Dos palabras sobre el lugar de enunciación del libro. Raúl Asensio es investigador principal del Instituto de Estudios Peruanos y ha transitado por áreas como la historia del desarrollo rural, de saberes sociales como la arqueología y las identidades políticas del Perú contemporáneo. Su libro se inscribe en la colección Estudios Americanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en España (CSIC), un foro editorial abierto a textos

monográficos que, como en este caso, balancean con acierto el rigor académico y la escritura de sencilla comprensión para públicos diversos. De ahí surge esta novedad compuesta por siete capítulos en los que el autor se empeña en analizar el complejo “ecosistema” de proyectos de reconstrucción que confluyeron en los tres años siguientes a la catástrofe, en su criterio los más dinámicos, por haber anudado iniciativas locales con itinerarios internacionales imbuidos en las lógicas y ansiedades tempranas de la Guerra Fría (p. 10).

El cumplimiento de ese objetivo hace que el libro de Asensio se ubique en la intersección de campos diversos, pero complementarios de reflexión, como el de la historia de los desastres naturales (incluidas sus aristas afectivas); el de la cooperación internacional, más allá de la polaridad entre las superpotencias de posguerra, y el de los modelos de urbanización circulantes en las ciudades latinoamericanas de los años cincuenta. Esta misma conversación entre líneas de trabajo permite al texto arrojar luz sobre una década bisagra que, pese a su escasa visibilidad entre peruanistas, presenció fenómenos esenciales para comprender la atmósfera social de la tragedia, tales como el recambio en la composición de las élites locales y en los relatos de nacionalidad, hasta entonces fundados sobre un mito aristocrático de mestizaje colonial, el cual cerraba espacios a inquietudes reformistas como la del lugar del pasado prehispánico, de la herencia afroperuana o del indigenismo en la sociedad de medio siglo.

Por lo anterior, no fueron pocos los aspectos traídos por el contexto del terremoto a la mesa. En lo nacional, estaba el régimen militarista y de mano dura comandado por Manuel A. Odría, quien luego de efectuar su golpe de Estado en 1948 aseguró fraudulentamente su permanencia en el ejecutivo hasta 1956. En lo externo, una miríada de enfoques que perseguían objetivos específicos con su apoyo a la reconstrucción de la antigua capital del imperio inca, cada uno movido por marcos discursivos que dotaron a esta historia de dobleces. La constelación recuperada por Asensio lo demuestra. Desde los primeros días, por ejemplo, el gobierno argentino canalizó recursos mediante sindicatos obreros peronistas y la misma Fundación Eva Perón para atender las necesidades inmediatas de los damnificados, promoviendo con ello una narrativa de hermandad latinoamericana desmarcada del panamericanismo estadounidense. Los organismos de la superpotencia del norte hicieron lo propio, fueran estos la fuerza aérea, la embajada o las oficinas subsidiarias de filantropías como la Fundación Rockefeller, que buscaban proteger los intereses de su país en el hemisferio. Por último, y quizás ahí resida uno de los hallazgos más sugerentes de la pesquisa, estuvieron los esfuerzos de la diplomacia cultural española desplegados por el régimen franquista para restaurar los monumentos coloniales afectados, lavar la cara de su reputación dictatorial y, aduciendo una afinidad hispanista que unía el alma de ambos pueblos, ganar el favor del Perú para romper el bloqueo diplomático de la comunidad internacional e ingresar a las Naciones Unidas por vía de la Unesco.

Como pudiera esperarse, cada tentativa tuvo resultados desiguales y se vio en la necesidad de recalibrar sus expectativas originales a propósito de lo vivido en el terreno. El

peronismo, pese a destinar apoyos por dos semanas, obtuvo la visibilidad propagandística anhelada, aun cuando Perón y Odría se movían en polos políticamente opuestos. Los emisarios técnicos de la Rockefeller en Sudamérica —a veces elevados a agentes de alta capacidad de decisión por la historiografía— fracasaron estrepitosamente en su consigna de usar la reconstrucción como pretexto para liderar proyectos de desarrollo agrícola en toda la región del Cusco y no solo en el área urbana afectada por el terremoto, idea inspirada en arquitecturas institucionales del *New Deal* como la Autoridad del Valle del Tennessee. Por su parte, los organismos expertos de Naciones Unidas, como Unesco, Unicef o la FAO, aprovecharon la ocasión del sismo para activar protocolos de asistencia que aún no habían trascendido de los documentos convenidos en sus asambleas generales. Al final, España y el franquismo fueron importantes beneficiarios del proceso, a pesar de acotar su promesa de restaurar toda la edificación colonial y concentrar sus recursos limitados en la catedral. Bastaría este gesto de alto simbolismo para afianzar, como sucedió con otros gobiernos conservadores de América Latina, una suerte de fraternidad católica que demostró la eficacia del poder blando (*soft power*) al merecerle al país europeo su acceso a organismos internacionales de gran prestigio.

El porqué de los destiemplos en la reconstrucción encuentra respuestas en lugares diversos. Empezando por el jaloneo interno entre el urbanismo limeño de tipo modernizante que quiso imponer el gobierno y las resistencias de una renovada intelectualidad cusqueña, la cual reivindicaba discursos como el indigenismo y desconfiaba del centralismo tradicional que ahora quería llevar los principios de funcionalidad a su propio campo de acción local. Estaban, igualmente, los afanes cotidianos de las víctimas, quienes desde la precariedad de los barracones urgían a las autoridades a poner la recuperación de sus viviendas por encima de la pausada intervención a los bienes de interés cultural, algo que no sería posible hasta ver consolidados instrumentos de ordenamiento, que también se distinguieron por su lenta confección, tales como un mapa catastral de la ciudad y un plan piloto que zonificaran en su conjunto las fases de la reconstrucción por orden de importancia.

En la mitad de tantas cortapisas, lo que había era un cúmulo de dilemas (pasados y nuevos) sobre cómo modelar el nuevo Cusco: hubo quienes la proyectaron vanguardista y lecorbusierana para disputarle a Lima su atractivo económico; las élites conservadoras la imaginaron nuevamente colonial; los intelectuales de clases medias lucharon por la reivindicación de lo mestizo; algunos extranjeros buscaron reforzar estereotipos de antigüedad prehispánica para hacer de la ciudad una promesa del turismo; y, por supuesto, no pueden dejarse de lado los promotores privados, que vieron en la necesidad de áreas residenciales y en las políticas de créditos hipotecarios blandos una ventana de oportunidad.

Para Asensio, ninguno de esos prospectos se cumplió a cabalidad. Como sucediera con otras urbes latinoamericanas, prevaleció la hibridación de estilos y las fuerzas del mercado terminaron por agotar cualquier intento de regulación del Estado. Esto lo plasma en

un ameno relato que dedica los tres primeros capítulos a las reacciones locales inmediatas al terremoto, incluidas las jornadas de desescombrado y apuntalamiento de los edificios que quedaron en pie; que continúa con el arribo de los expertos internacionales a partir del capítulo cuarto; muestra en el 5 y el 6 el giro que supuso el año 1952, al destrabarse varias tareas bajo el liderazgo de la Junta de Reconstrucción y Fomento Industrial del Cusco; y culmina en el 7 con la estandarización de enfoques que, a partir de 1953, aplanó en cierto modo la multiplicidad de visiones que habían hecho del terremoto un evento de convocatoria mundial. Todo ello apoyado en una robusta masa documental que incluye notas de prensa, actas mecanografiadas de los cabildos abiertos celebrados en meses posteriores a la tragedia, correspondencia entre los expertos, decretos e incluso un valioso material fotográfico que pudo emplearse de manera más productiva y menos pasiva en cada capítulo.

El libro, en suma, pone de presente un entrecruce de trayectorias y racionalidades urbanas que invita a los historiadores de la Guerra Fría latinoamericana a posar su lupa sobre espacios o acontecimientos delimitados en donde se revelan anudamientos igual de intrigantes que los ya identificados por miradas más macroscópicas. El caso de Cusco, toca decirlo, es un acierto en todo sentido. Demuestra el potencial de sus archivos locales en el análisis de programas transnacionales de ayuda que suelen darse por sentado, lo que supone una oportunidad malgastada, al tratarse de un periodo clave en donde varias de las instituciones implicadas estaban iniciándose precisamente en proyectos que desafiaron sus capacidades, y que muestran los pormenores de sus estilos tempranos de trabajo, en un agitado panorama de negociación alrededor de la ciudad del futuro. Quizá, más por un motivo de gustos, habría sido deseable distribuir algunas de las conclusiones e implicaciones historiográficas del estudio a lo largo del texto y no posponerlos hasta el final. Son lúcidas y originales y hubieran ganado más resonancia con las fuentes “en caliente”. Como sea, quien se acerque a la obra de Asensio encontrará una narración bien lograda, con prácticas de cooperación, repertorios e imaginarios urbanos que merece la pena revisar a la luz de otras experiencias de la región.

➔ **ÓSCAR DANIEL HERNÁNDEZ QUIÑONES**

Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt, Alemania

hernandez9412daniel@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0003-2793-1772>